

OBRAS ORATORIAS PÓSTUMAS.

CONFERENCIA

SOBRE

EL MISTERIO DE LA EPIFANÍA (1).

Ecce advenit dominator Dominus, et regnum in manu ejus et potestas et imperium. (Introito de la misa de la Epifanía.)

Viene, entre nosotros el Señor, dominador del mundo, llevando en sus manos el poder, la dignidad real y el imperio.

En otro tiempo, al terminar su vida, elevado sobre su trono terrestre, sobre su Cruz, el Hijo de Dios, hecho hombre, fué insultado por ambos costados por dos ladrones: «y los que estaban crucificados á sus lados, nos dice el Evangelista San Marcos, proferían invectivas contra Él (2).» Ahora, sentado á la diestra del Padre, en su trono celestial, es blasfemado igualmente por los herejes de dos sectas diferentes: por un lado los *Fantasiacos*, que niegan que Jesucristo sea hombre verdadero, y por otro los *Humanitarios*, que no quieren admitir que Jesucristo sea verdaderamente Dios. En efecto; como en filosofía todo error no es en el fondo más que la negación de la existencia del alma ó de la realidad del

(1) Esta conferencia formaba serie con las que han sido impresas con el título de *La Razón filosófica y la Razón católica*. En el manuscrito se titula *Undécima conferencia*.

(2) Et qui crucifixi erant cum eo conviciabantur ei. (*San Marcos*, xv, 32.)

cuerpo del hombre, del mismo modo, en Religión, toda herejía no es en el fondo más que la negación, ó de la humanidad, ó de la divinidad de Jesucristo.

Para prevenir, pues, y para condenar de antemano esos extravíos de la razón humana con relación á los dogmas fundamentales de su Religión, Jesucristo, según San Máximo, vino al mundo rodeado por una parte de todas las miserias que pueden establecer el hecho de su Encarnación, y por otra de todas las glorias que vienen á ser el testimonio elocuente de su divinidad (1). El Grande San León usa un lenguaje semejante al declararnos que esa doble creencia de la divinidad y de la humanidad de Jesucristo, es el antídoto y la condenación de todos los errores (2).

Véase, en efecto, lo que sucedió en la gruta ó portal de Belén: Jesucristo nació niño, débil, en la pobreza, la abyección y el dolor: ¡hé ahí al hombre! Algunos días después una estrella milagrosa le revela al mundo; y atrae hácia Él, de países muy lejanos, á los poderosos de la tierra, que acudirán á adorarle y reconocerle: ¡hé ahí á Dios!

Así como el misterio del *nacimiento* de Jesús es particularmente el misterio de su abatimiento y de su humildad, del mismo modo el misterio de la Epifanía ó de su *manifestación*, cuya memoria hoy celebramos, es particularmente el misterio de su gloria y de su divinidad.

Por eso la Iglesia comienza esta grande solemnidad con las magníficas palabras tomadas de los profetas, que anuncian que Jesucristo se manifestó al mundo como Dios, como dueño soberano del mundo, poseyendo por sí

(1) Dominus noster Jesus Christus, sic humiliter ingressus est mundum ut clara deferret suae divinitatis indicia. (San Máximo.)

(2) Ad roborandam hanc fidem quae contra omnes pronuntiabatur errores, etc. (San León, sermón 4.º Epifanía.)

y en sí mismo un poder que no tiene más límites que lo infinito, y un imperio que no tiene más confines que la eternidad: *Ecce advenit dominator Dominus, et regnum in manu ejus et potestas et imperium.*

Deseoso, pues, de arreglarme á este grande y hermoso pensamiento de la Iglesia, voy á presentar ante vuestra vista el poder, el esplendor y la perpetuidad del misterio de la Epifanía. Sí; en el misterio de la Epifanía, Jesucristo nos revela que es el magnífico Rey de los cielos, y también el poderoso Rey que reina sobre las almas. Nos revela además que, Rey de los siglos, sabrá perpetuar su reinado en toda la serie de las edades. Hé aquí de lo que voy á hablaros hoy, y me parece me será fácil sacar de ello las pruebas más palpables de la divinidad del Salvador.

Así continuaréis mirando la grandeza, la dignidad de nuestra razón católica sometándose al yugo de la fe, ó inclinándose en la adoración de este misterio. Al mismo tiempo veréis las miserias, las inconsecuencias, la degradación de la razón filosófica, que se retira y atrinchera, al frente de este mismo misterio, en una orgullosa y estúpida incredulidad.

Se ha dicho que los Santos Reyes encontraron al divino Niño con María, en los brazos de María, y visiblemente por la mediación de María: *Invenērunt puerum cum Maria, Mater ejus.* (San Mateo, II). Lo cual significa que con el auxilio é intercesión de María, llegaremos también nosotros á Jesucristo. Venid, pues, todos á implorar ese auxilio y esa intercesión, saludándola: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

La primera circunstancia que sorprende el ánimo y la atención de la historia de este misterio, es esa estre-

lla tan brillante, tan majestuosa, que, fuera de todas las leyes astronómicas, apareció en los cielos al mismo tiempo que Jesús nació en la tierra. No os asombréis, dice San Agustín, de esta maravilla tan nueva, tan inaudita, que se presenta para señalar la venida de Jesús á este mundo. Si jamás, ni antes ni después, nacimiento alguno de hombre ha sido acompañado de semejante aparición, es porque nunca ha venido tampoco á este mundo un personaje semejante. Esa singularidad única es el signo y la prueba evidente de la singularidad de su persona (1). Esa singularidad de su persona, en su paso por la tierra, nos la había anunciado Él mismo por medio de su profeta: *Singularitèr sum ego, donec transeam.* (Salmo cxi, 10.) Pues bien; ni es ni puede ser más que ésta: que el hijo de María es el único hijo verdadero del hombre, que es al mismo tiempo el verdadero Hijo de Dios.

Meditad, pues, aquí, con San Máximo, sobre la gloria y los gozes que están reservados á la razón católica, cuando acepta como revelación divina los hechos del Evangelio. ¡Cuán bello es, en efecto, el ver con los ojos de la fe á ese dulce y amable Salvador brillar majestuosamente en la estrella, al mismo tiempo que tiembla de frío en el pesebre!... ¡Cuán hermoso es ver al que por su madre pertenece á la tierra y á la humanidad, anunciando al mundo por ese signo celeste como un Dios verdadero... (2).

Orígenes había ya anteriormente señalado en esa estrella un indicio manifiesto de la divinidad del Salvador (3). San Juan Crisóstomo añade á su vez que así como los es-

(1) Numquam tali stella quisquam est significatus, quia numquam talis est natus. (*San Agustín.*)

(2) Jacebat in præsepio et in sidere rutilabat, ut illum Deum hominemque esse et terrena mater et signum cœleste monstraret. (*San Máximo.*)

(3) Deitatis ipsius indicium hanc stellam fuisse opinor. (*Homil. in Matth.*)

cudos de armas que se colocan en las fachadas de los palacios indican la nobleza y el poderío de los Reyes de la tierra, del mismo modo la estrella que se detiene como suspendida sobre el portal de Belén, fué como el escudo que atestiguaba la divinidad del Rey de los cielos (1).

Mas ¿por qué el Verbo Eterno hecho hombre escogió una estrella como signo auténtico de su divinidad? Fué, se nos dice, porque quince siglos antes del advenimiento, un falso profeta que Dios convirtiera repentinamente en profeta de la verdad, había predicho que en el nacimiento del Mesías, del hombre por excelencia, del hombre perfecto, debía aparecer una estrella sobre la tierra de Jacob: *Orietur stella ex Jacob, et homo de Israel* (2). (Núm. xxiv.)

Sin embargo, como Jesucristo no ha sido, por decirlo así, puesto al servicio de la profecía, sino que al contrario, la profecía ha debido ser puesta al servicio de Jesucristo; como el prodigio no ha sucedido porque estuviera predicho, sino que ha sido predicho porque debía suceder, siempre podía preguntárenos por qué se ha elegido una estrella para significar y hacer sensible la divinidad del Niño de Belén.

Pues bien; nada más fácil, prosigue San Máximo, que penetrar la razón de esa elección. Como Hijo de Dios, y siendo él mismo Dios, Jesucristo tiene desde luégo el imperio, tanto de los cielos como de la tierra. No había pues, signo más propio que una estrella, ornamento de los cielos, para expresar que el hijo de María era el Hijo de Dios y el dueño soberano del imperio celestial. Además, Jesucristo es, según San Juan, «la verdadera luz

(1) *Supra ubi erat puer indes stella consistit.* (*Homil. in Matth.*)

(2) El texto es citado aquí según los Setenta: en la *Vulgata* se lee: «*Orietur stella ex Jacob et consurget virga de Israel.*»

que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. (1).» No había, pues, signo más sencillo, ni más natural, para demostrar que el Niño del pesebre era el Verbo de Dios, luz salida de la luz, destinada á iluminar las almas en el orden espiritual, del mismo modo que en el material los cuerpos reciben de los astros la luz (2).

Entrando en ese mismo pensamiento, San Agustín encuentra que, por la misma razón, al nacimiento de Jesús una nueva luz apareció en los cielos, y á su muerte se eclipsó la antigua luz del sol (3).

Esos mismos dos prodigios, continúa el mismo Santo Doctor, esos dos asombrosos prodigios de luz y de oscuridad, manifestándose en los cielos, á las dos extremidades de la vida de Jesucristo, en Belén y en el Calvario, no pueden ser atribuidos ni á las fuerzas de la naturaleza, ni á las combinaciones de la casualidad: el contraste de las épocas, y la intención de un testimonio dado, están bien manifiestos. Ese doble prodigio viene á atestiguar al mundo que el niño inocente llora en el pesebre, y que más tarde, condenado, maldecido, espira en la Cruz, es siempre el dueño de los cielos, el que manda en ellos, y el que dispone á su arbitrio del imperio de los cielos. Sí, obra como dueño soberano de los cielos el que al nacer enciende en ellos una nueva estrella, y encubre al morir, el antiguo sol.

Reina verdaderamente en ellos el que hizo aparecer el prodigio de la estrella para inaugurar la conversión de los gentiles, y el prodigio del eclipse para confundir la obstinada perfidia de los judíos (4).

(1) Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (Is., I.)

(2) Necessè fuit ut colorum Dominum signum cœleste præcederet et auctorem lucis signum luminis revelaret. (San Máximo, Serm.)

(3) Eo nascente, lux nova est in cœlo, revelata quo moriente lux antiqua es in sole velata. (San Agustín.)

(4) Ille novam stellam declarabit natus, qui antiquum solem obscuravit

Recordad también, hermanos míos, que el Mesías tenía el título de *Rey de los judíos*. Con ese título le habían anunciado los profetas, y era esperado, no sólo por los judíos, sino por la humanidad entera. Así es que cuando los Santos Reyes llegaron á Jerusalem, preguntaban: «¿Adónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer á quien venimos á adorar, y cuya estrella hemos visto en Oriente?» (1). Aquellos varones sabios y religiosos no buscaban al Rey político de los judíos, sino á su Rey religioso, al Rey digno de ser adorado, es decir, al Mesías, al Salvador, al Redentor del mundo.

Como lo atestigua el Evangelio, la estrella, después de guiar á los magos precediéndolos, y de conducirlos hasta Belén, se detuvo sobre el portal, precisamente sobre el pesebre en donde el divino niño había sido colocado (2).

Hé ahí, pues, dice San Agustín, hé ahí esa estrella inteligente, que haciendo alto sobre la gruta ó portal, y deteniéndose como una aureola celestial sobre la cabeza de Jesús, responde á la pregunta de los Magos de una manera clara y precisa, mejor que pudiera hacerlo por medio de las palabras: «Hé ahí al Rey de los judíos, al Mesías que habéis venido á buscar desde tan lejos (3).»

¡Cuán grande y admirable es el misterio que esa circunstancia recuerda á nuestro ánimo, revela á nuestras miradas!... exclama también San Agustín (4). La estrella había dicho á los Magos, en el lenguaje que la era propio: «Este es el Rey de los judíos.» Y el título que Pilatos fijó

occisus. Illa luce inchoata est fides gentium: istis tenebris accusata est perfidia judæorum. (San Agustín.)

(1) Venerunt Jerosolymam dicentes: Ubi est qui natus est Rex judæorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (San Mateo, II, 2.)

(2) Stetit supra ubi erat puer. (San Mateo, II, 9.)

(3) Stetit stella quasi diceret: Hic est Rex judæorum, et quia loquendo demonstrare non poterat, stando demonstravit. (San Agustín.)

(4) Advertamus magnum et admirabile Sacramentum. (San Agustín.)

sobre la Cruz del Salvador, ese título misterioso que una vez escrito no puede ser alterado, á pesar de la cólera y de las amenazas de los judíos, ¿qué era lo que decía? Lo mismo que la estrella había expresado por signos: «Este es Jesús de Nazareth, Rey de los judíos (1).

¡Hé ahí, pues, á Jesucristo, en su nacimiento y en su muerte por la estrella del pesebre y por el tarjetón ó rótulo de la Cruz, anunciado, revelado al mundo con su verdadero título, con su verdadero carácter y su sublime dignidad de Rey y de Mesías!... ¿Qué importa, pues, que á los ojos de la falsa sabiduría el portal y el Calvario sean teatros de dolor y de humillación? Con los signos misteriosos que les decoran, con los prodigios que les rodean, no dejan de ser, á los ojos de la fe y de la verdadera sabiduría, dos mansiones reales, dos tronos de gloria. Sí, sí, aunque separados por el tiempo y el espacio, el portal y el Calvario, el pesebre y la Cruz, la estrella que se detiene, el título que no puede ser borrado, la estrella que rutila y se estremece de gozo, el sol que se despoja de su luz y se cubre de luto, todos esos seres y todos esos signos parecen hablarse entre sí, y trasmitirse unos á otros las mismas palabras. Son dos lenguas misteriosas, dos predicaciones, dos Evangelios que reúnen sus testimonios con un acuerdo maravilloso para revelar al mundo el mismo misterio, el mismo dogma fundamental de toda ciencia, de toda filosofía, de toda religión. Ese dogma, fuente de toda esperanza y de todo consuelo, es que Jesucristo que nace en Belén en la miseria, entre dos animales, y que espira entre dolores en el Calvario, en medio de dos ladrones, es á un tiempo mismo verdadero Dios y hombre verdadero, el Mesías, el Salvador, el Redentor del mundo...

(1) Magi viderunt stellam; Pilatus titulum fixit in ligno: Hic est Jesus Nazarenus Rex judæorum. (San Agustín.)

Tal es, en efecto, la consecuencia que han deducido de esos dos prodigios todos aquellos á quienes la humildad del espíritu y la rectitud del corazón habían hecho dignos de comprender su lenguaje misterioso: los Magos al ver la estrella de Belén, concluyeron que el niño que acababa de nacer era verdaderamente un Dios, á quien era preciso adorar (1). Y el Centurión, así como los soldados que quedaron guardando al Crucificado, cuando leyeron al pálido resplandor del sol moribundo, y entre los sacudimientos de la tierra, el tarjetón de la Cruz, exclamaron unánimemente: «Ese hombre, ese Jesús de Nazareth, era verdaderamente el Hijo de Dios (2).» Hemos asistido, el día de Natividad, al cántico melodioso que los ángeles, milicia del Rey de los cielos, entonaron sobre el portal de Belén. Pues bien, según el profeta Isaías esos mismos ángeles que habían cantado la paz y la alegría en derredor del pesebre, lloraron amargamente en torno de la Cruz (3). Hé ahí, pues, dice San Máximo, á nuestro amable y poderoso Salvador, en las dos épocas de sus más grandes humillaciones, en su nacimiento y en su muerte, en el pesebre y en la Cruz, recibiendo los testimonios más solemnes y más brillantes de su divinidad. Hé ahí á los ángeles y á los hombres, á los seres inteligentes y á las criaturas no razonables, á las estrellas y el sol, al cielo y la tierra, á toda la naturaleza, toda la creación, que, al verle nacer y morir como hombre, se postran ante él, se prosternan á sus piés, y le confiesan y adoran como á su Criador, su Señor y su Dios (4).

¿Qué diréis, hermanos míos, de esa asombrosa mezcla de grandeza y pequeñez, de debilidad y de poder, de

(1) Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

(2) Centurio autem et hi qui eum ipso erant, viso terræ motu et iis quæ fiebant, dixerunt: Verè hic homo Filius Dei erat. (San Marcos, xv, 19.)

(3) Angeli pacis amarè flebunt. (Is., xxxiii, 7.)

(4) Conditorem suum obsequens natura testatur. (San Máximo.)

humillación y de gloria, de magnificencia y de sencillez? ¿Qué os parece de esa narración en que cada hecho es un misterio, cada circunstancia una enseñanza, cada palabra un prodigio? ¿Qué decís de esos dos períodos de la vida de Jesucristo, en que todos los hechos, todas las palabras, todas las circunstancias se enlazan, se encadenan por sublimes relaciones, se coordinan y se armonizan en un todo maravilloso? ¿Qué diréis de esa historia única, que no existe en ninguna lengua, en ninguna literatura, en ninguna filosofía? ¿Ha sido inventada por la imaginación de los hombres? ¿La ha aceptado el entusiasmo de los cristianos? ¿La ha aceptado el fanatismo de los prosélitos? ¿La ha acreditado la impostura de los sacerdotes?

¡Ah!... ¡El hombre no inventa cosas tan superiores á las ideas, á las concepciones, á los conocimientos de la humanidad!... ¡Sabemos muy bien cómo arregla los hechos que inventa, cómo pinta á los héroes de su creación!... Mas aquí todo nos presenta el sello de Dios. El hombre que pudiese imaginar cosas tan sublimes y expresarlas en un lenguaje tan sencillo, tan despojado de todo arte como los Evangelios, sería un Dios. ¡No, no, los Evangelios no son obra humana; Dios es verdaderamente su autor, en cuanto se los ha inspirado á los escritores, así como Dios es verdaderamente su héroe!...

La narración de las circunstancias del nacimiento y de la muerte de Jesucristo es, pues, una relación tan verdadera como lo es su héroe y su personaje real: ¿Quién es, pues, el que al nacer como el último de los hombres, al morir como el más grande de los delincuentes, quebranta los cielos, hace temblar la tierra, manda á los ángeles, llama desde muy lejos á hombres que no le conocen, y dispone á su arbitrio del orden material y del orden espiritual?... ¿Quién es aquél á quien todo sirve, todo se somete y obedece, que hace todo lo que quiere,

como le agrada y por que le place, que se hace adorar niño en un pesebre y se hace confesar al morir sobre una Cruz?... ¡Ah! ¡Ese es Dios, y no puede ser más que Dios, que tiene en sí mismo el poder, el reino y el imperio del mundo!... (1).

Pero no tanto por el prodigio de su estrella como por el ejercicio de su poder sobre las almas, Jesucristo se revela hoy día verdadero Rey en su miseria, verdadero Salvador en su debilidad, verdadero Dios en su humanidad. Es necesario, pues, que meditemos esta circunstancia del misterio de una manera especial, y que, después de admirar su magnificencia, comprendamos su eficacia y su fuerza. El reinado de Jesucristo sobre las almas será, pues, el asunto de la

SEGUNDA PARTE.

El Profeta Real había predicho que el Mesías reinaría, no por el hierro, sino por la madera (2). «Jesucristo, dice San Máximo, no quiso aguardar á ser clavado en la Cruz para cumplir esa grande profecía y ejercer ese misterioso reinado de madera: en su impaciente deseo de reinar sobre las almas, quiso, desde el momento que yacía en la madera del pesebre, comenzar á ejercer ese imperio sobre las almas, que debía continuar y consolidar para siempre por medio del madero de la Cruz.» No os

(1) Ecce advenit dominator Dominus, et regnum in manu ejus, et potestas et imperium.

(2) Dominus regnavit á ligno (Salmo xcvi, 9). Hé aquí lo que se lee en el P. Berthier acerca de ese versículo: «Ahora no leemos en el hebreo, en el griego y en el latín más que *Dominus regnavit*. San Justino leía en su tiempo, por lo menos en algunos ejemplares de los Setenta, *Dominus regnavit á ligno*. Y todos los Santos Padres latinos, excepto San Jerónimo, hasta San Bernardo, leyeron lo mismo en las versiones latinas. Esa expresión estaba tan conocida y admitida, que todavía se lee en los oficios de la Iglesia, entre otros, en la Conmemoración de la Cruz durante el tiempo pascual. San Fortunato, autor del siglo vi, la insertó en el himno *Vexilla Regis*.